

Umbría

Pablo Ricardo Silva Guadarrama*

Ciega por el resplandor de mi esposo, pues el sol lo respalda, confiaré en la esperanza del tamaño del hoyo. Giro hacía él. Oigo gritar mi nombre, mientras el cuchillo atraviesa mi estómago. Estoy enredada en unas vísceras, pero debo llegar, ya que los niños, aunque pelean, deberían oírme. Entre la penumbra, la luz del hoyo me ofusca, poco a poco me muestra una figura de un niño hermoso con una piedra incrustada en la cabeza y a otro desconcertado en su naturaleza.

Recuerdo que, antes de este suplicio, en aquellos días, mi cabello era muy largo y rizado. Todas las profesoras con años de experiencia saben sobre las inconveniencias de tener alumnos inquietos con ganas de pintar el cabello, llenarlo de diamantina, secarse sus manos lodosas, o tirar de él. Pero, al dejarlo así de largo, cumplí con un principio básico de las maestras de kínder: verme lo mejor posible, ser bonita y amable para convertir en esclavos a los niños y a sus padres.

Gracias a mi profesión, conocí a muchos niños de diversas formas y pieles. Siempre me jacté mi interés por conseguir la mejor educación para ellos. No son suficientes los planes educativos de este país. No entienden la complejidad de formar seres humanos competentes para el sistema. Nunca creí en sus procesos lentos y graduales. He visto niños alcanzar un potencial a muy temprana edad. Siempre deben ser tratados como adultos.

A uno siempre, se le vienen a la cabeza, ciertos estudiantes. Las particularidades de estos pueden ser sustanciales o simples: desde el alumno con regalos lisonjeros hasta aquel con la habilidad de hacer bellas estalactitas de moco debajo del pupitre. En mi último año, estaba Pablo, niño apodado por las maestras y alumnos como "diablo" o "Pablo diablo". Fue el más bello y difícil de los de todos los

* **Estudiante de la Licenciatura en Letras Hispánicas en la División de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa.**

niños; todo el día jugaba con sus manos, no ponía atención a las más mínimas indicaciones y era violento con los demás niños. Yo lo resumiría como la descripción gráfica de TDAH (Trastorno de déficit de atención por hiperactividad). Se convirtió en un reto personal: me obligué a dedicarle horas de atención con resultados de lo más satisfactorios.

Alejada del recuerdo espontáneo, mi cara sale del hoyo, aquel único niño me mira y Eva lo acerca hacia su pecho como su favorito tras la victoria. Me doy cuenta de que mi esposo ha trabajado mucho en mí, pero debió trabajar en ellos; sus hijos y la su esposa, la "otra", la legítima. Pienso en su pobre figura de hombre y le daré algo para celebrar este día. Aquí está el premio a tu fuerza. Tómallo, deja de ser un cobarde.

¿Cómo llegué a esta habitación? La duda entra en mí; no sé si está vacía o no, pues esta posición y este aturdimiento sólo pueden permitirme inferir la presencia de mi invisible asesino. Algunas veces logré oír el paso del aire por un hueco en la pared silenciado por la entrada o salida de un probable ratón, el cual huía, si yo hacía ruido en la habitación, o si el perro, del otro lado de la pared, se acercaba al hueco. El pequeño ratón sobrevivía cobarde entre los dos cuartos: en el mío, lo escuchaba masticar los restos de mi comida; en el otro, supongo que tenía aventuras con otros ratones o iba sumando innumerables huidas de gatos, perros y humanos. El ignorante glotón fue incrementando su tamaño y, por lo tanto, el de su hoyo. Esto lo supe porque el sonido emitido por el paso del aire en el hoyo fue cambiado; antes era un sonido agudo, pero se fue haciendo cada vez más grave. No sé cuánto tiempo puedan vivir los ratones —espero que mucho tiempo—.

¡Es cierto! Había un perro. Cuando llegué, era muy viejo y fornido con la devota costumbre de asomar la cola por el agujero con una inquietud reptante. No sé si era manso, porque nunca me atreví a estar cerca del agujero. Tampoco le agrada acercarse, pues no soporta el intenso olor a moho emanante de este cuarto; motivo suficiente para no intentar perseguir incesantemente al ratón. Deduje el propósito de su estadía en el otro cuarto: al principio, fue carcelero; en este momento, es un celoso guardián de la madre y su hijo, cantantes ocultos e inalcanzables.

Me obnubilo nuevamente al delirar sobre que nadie debería juzgarme por tomar conciencia de las formas de crecimiento personal, profesional y sexual que considere

**No sé cuánto tiempo
puedan vivir los
ratones —espero que
mucho tiempo—.**

más óptimas para mí. En mis únicos años de existencia sobre este planeta, no tuve más deleite que dar clases y una cama. En oposición, mi matrimonio, no me ofreció tanto. Durante mis años de casada, la única ganancia fue oír mi nombre interminablemente: «Layla, no hagas esto», «Layla, compórtate», «Layla, no me avergüences». Veinte años pensé en el silencio, la quietud y la paz como placeres. Todo cambió, cuando me dejó por el nombre más hermoso que jamás he oído: Eva. Ella llegó y las cadenas cayeron; me comprometí con la luna, Lilith; olvidé la forma masculina, y, sin darme cuenta, permanecí en el paraíso.

Cada vez estoy menos aletargada ¿Dónde está Lilith? Me equivoqué en no buscarla desde el inicio. No puedo retroceder. Oigo los tabiques caer y el chillar del perro. Mató a Lilith, a mi amada Lilith, y me corto mis miembros. Adán eres un enfermo. Muérete infeliz con todas tus glorias y alabanzas. Tápale los ojos a tu prole. Hágase tu voluntad.

El dolor es intenso y sólo quiero pensar en esa última noche: al acostarse, Lilith giró bruscamente sin darse cuenta de mi presencia —odio cuando se aleja de mi lado—. Deseaba su atención, porque la necesito; un gesto hubiera sido suficiente para satisfacerme durante todo el día. Traté de fingir un reflejo que provocase algún movimiento trémulo en la cama. Deseé que ojalá despertara para convertir esa oscuridad en sosiego. Me habría gustado, pero fue imposible. Sólo rosó mis labios, cuando se dispuso a dormir. Debí usar los suyos; si hubiera hablado; atendería su discurso: amaría cada palabra, enunciado, metáfora o símbolo. Una letra nacida de su boca habría bastado. Fue entendible su silencio, porque soy incapaz de articular una respuesta con un mínimo de sentido; el eco de esa habitación parecía un mejor interlocutor para ella.